

## PUBLICACIONES SOBRE TARRAGONA

A. FERRER. *El yacimiento lítico de superficie de Roda de Bará (Tarragona)*. *Zephyrus II* (1951) 168-172.

En 1933 el P. Martin Grive descubrió en el término de Roda de Bará, en lugar no fijado, un yacimiento al aire libre del que proceden una serie de piezas (31) microlíticas que se guardan en el Museo de Villafranca del Panadés.

Todas son de sílex blanco muy compacto y por su técnica de retoque se atribuyen al Mesolítico, señalándose las afinidades que presentan estas piezas con las del nivel V del abrigo de San Gregori de Falset, y con la capa III de la Cueva del Filador, de Margalef.

J. S. R.

SALVADOR VILASECA. *Nuevo hallazgo de pinturas rupestres naturalistas en el barranco del Llorç, Rojals (provincia de Tarragona)*. *Archivo Español de Arqueología* 81 (1950) 371-383. Ocho fotografías, siete reproducciones de las pinturas, dos fotografías de la situación del abrigo y dos figuras con la planta del lugar y la distribución de las pinturas sobre la pared rocosa.

Cerca del lugar en donde aparecieron hace años un grupo de pinturas rupestres [SALVADOR VILASECA. *Las pinturas rupestres naturalistas y esquemáticas del Mas del Llorç, en Rojals (provincia de Tarragona)* *Archivo Español de Arqueología* 57 (1944) 301-324] se han encontrado recientemente y de una manera casual, en la covacha del Mas de Ramón de Bessó, un conjunto de pinturas que ha estudiado detenidamente Vilaseca, y de cuyo resultado anticipó un corto resumen en la hoja correspondiente a diciembre de 1950 del noticiario de la Asociación Excursionista de Reus.

El abrigo está orientado al Sudoeste y mide unos 15 m. de largo, por siete de alto y dos m. de profundidad máxima. La pared del fondo es muy irregular. El suelo del abrigo forma un piso plano.

A pocos metros de la entrada, aparecen restos de un pequeño murete protector y enseguida las pinturas que en catorce grupos y a menos de un metro de altura sobre el suelo se han podido estudiar.

En ellas se notan dos tipos diferentes. Unas pintadas con pigmento rojo oscuro de óxido de hierro. Otras con color rojo claro. Entre las primeras destacan un recipiente cuya forma recuerda la de los vasos campaniformes de paredes más verticales, un buey herido, unos arqueros y una probable representación de aves. Entre las segunda se debe señalar un arquero en actitud de disparar.

La técnica es la misma que la de las pinturas del Mas del Llorc. No se observan huellas de grabado y se trazaron con pinceles de distinto grosor.

No hay superposiciones de figuras y de admitirse dos etapas, las más antiguas podían ser las realizadas en rojo claro.

Estas pinturas pueden atribuirse al Epigravetiense.

J. S. R.

E. RIPOLL. *La cronología de las murallas de Tarragona*. Ampurias XIII (1951) 175-180. Cinco figuras (tres de ellas con los cortes transversales de la muralla) y dos láminas.

El trabajo que se reseña es una relación de los antecedentes que se tenían sobre la muralla antes de 1949 y de los datos dados por Serra Vilaró últimamente en Archivo Español de Arqueología (núm. 76 - 1949). Ripoll hace referencia a dos artículos de Jerónimo Martorell [*Passeig Arqueològic de la Falsa Braga de Tarragona*. Separata del Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya, núm. 462. Barcelona 1933 y *Valoració monumental i consolidació de les muralles de Tarragona* en Butlletí dels Museus d'Art de Barcelona, vol. III, 1933, pgs. 365-375] en donde se publicó un corte de la muralla muy parecido al que ha dado a conocer Serra Vilaró. Hubiera sido preferible no tocar esta cuestión pero ya que se ha hecho público un escrito en el que parece que se echa en cara (en el texto se dice: "Nos extraña que mosén Serra Vilaró no haga referencia a las dos publicaciones de Jerónimo Martorell") a Serra Vilaró el que no cite las publicaciones de Martorell bueno será decir que lo que debió extrañar es que Martorell no hiciera referencia a Serra Vilaró que fué el que mostró a todos, en 1932, lo que había que hacer con la muralla. Serra Vilaró indicó a Martorell la estructura de la muralla, como tenía que hacer los croquis y la sección, e incluso como debía efectuarse la restauración. Fué Serra Vilaró quien dirigió toda la obra, por mandato expreso del Director General de Bellas Artes, para evitar que los desaciertos iniciados a ciegas (precisamente sin "ver" los adobes y la estructura del relleno) prosiguieran. Las primeras autoridades de la Ciudad, y el arquitecto Sr. Martorell estuvieron bajo las órdenes de Serra Vilaró. Y aclarado este pequeño detalle, muy útil en este momento, porque no en todas las ocasiones en que se tocó a la muralla se hizo como se debía, paso a enjuiciar el artículo de referencia.

En el ligero comentario que de la cuestión hace E. Ripoll se peca de los mismos defectos que ya señalé en otra ocasión [Reseña al trabajo citado de Serra Vilaró. Este Boletín IV, 30 (1950) 87-91]. Uno de estos defectos es suponer que la muralla se nos presenta a nuestros ojos del siglo XX, como si la mayoría de las piedras estuvieran aún en el mismo sitio en que las colocaron por primera vez. Si además de esto, se hacen comparaciones con otras construcciones de las que sí se posee (por haber quedado enterradas, por ejemplo) la seguridad de que su estructura corresponde a su origen, se comprenderá hasta donde se puede llegar en el error yendo por tan mal camino. Así Ripoll publica al lado de una fotografía de la torre del Seminario, otra de una de las torres de la muralla griega de Ampurias... sin decir, por ejemplo, a continuación, que en Tarragona no se ha hallado ni un fragmento de cerámica griega en los miles de metros cúbicos de tierra que se han removido.

De igual modo si no se olvidara que la muralla ha recibido, en numerosas ocasiones, arreglos, reparaciones e incluso reconstrucciones de importancia, las objeciones expuestas, como por ejemplo la falta de uniformidad en la altura de la parte "ciclópea", no se emitirían.

Ripoll a parte de considerar "nada convincentes" los argumentos de Emilio Morera, desempolva las que el llama viejas cuestiones. Así dice, sin más, sin dar ninguna razón firme, que las puertas "ciclópeas" "...de ser poternas militares de época romana, se nos presentarían con el aparejo trabajado". Si los romanos, lógicamente, utilizaron para la parte "ciclópea" la dura roca de la colina, y para los sillares (parte más elevada y menos expuesta a los golpes de las máquinas de guerra) una clase de piedra fácil de trabajar (y no había nada que les impidiera hacer esto) no se porque razón se puede llegar a decir que la utilización de distinta clase de piedra, puede ser una cuestión de difícil contestación y prueba de que la muralla no sea romana.

Hoy se puede decir que no existe ninguna razón que, friamente considerada sin prejuicios "envejecedores", impida hacer la afirmación de Serra Vilaró. Al contrario, los datos hallados últimamente y todavía inéditos muestran que Serra Vilaró es el arqueólogo que ha llegado más cerca de la verdad en lo referente a los constructores de la muralla de Tarragona y que por lo tanto el *Tarraco Scipionum opus* tiene toda su fuerza.

JOSÉ SÁNCHEZ REAL.

M. PALOMAR LAPESA. *De epigrafía española romano-cristiana y visigoda*. I. *Zephyrus* II (1951) 21.

Se estudian 29 inscripciones que no recogió Vives [*Inscripciones cristianas de España romana y visigoda*. Barcelona 1942] por alguna razón.

De ellas, doce (núm. 14 al 25) corresponden a Tarragona, halladas en la Necrópolis de San Fructuoso y publicadas a su tiempo en las Memorias de la Junta Superior de Excavaciones.

J. S. R.

JOSÉ SÁNCHEZ REAL. *La judería de Tarragona*. *Sefarad*, XI, (1951), 339-348. Cinco láminas.

El Prof. Sánchez Real, infatigable y bien conocido trabajador en los archivos tarraconenses, ha iniciado en la revista *Sefarad* del Instituto Arias Montano (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) la publicación de un sugestivo resumen sistemático de cuantos datos hay sobre la judería de Tarragona.

Ha distribuido la materia en tres partes o capítulos: I. La judería de Tarragona desde su aparición en los documentos hasta 1391. II. La judería de Tarragona desde 1391 hasta la expulsión. III. El barrio judío: emplazamiento, extensión y toponimia.

El capítulo que hasta ahora nos ha sido dado leer —que publica Sefarad en el segundo volumen de 1951— ofrece una documentada sinopsis de cuanto de fundamental tenemos noticia sobre la importante judería tarragonense desde 1152, en que aparece citada por Edrisí, hasta el año fatídico de 1391.

Así va desfilando ante nuestros ojos en sus diversos momentos históricos: bajo Jaime I, ordenador de la formación de los "calls" judíos, y en cuyo reinado se dispensa a los hebreos de Tarragona de gravosas cargas en las visitas regias a la ciudad, a la vez que disposiciones eclesiásticas les obligan a portar la capa distintiva; bajo Jaime II, que muestra al inquisidor Podio el real desagrado ante la noticia del proceso inquisitorial contra los judíos de Tarragona, y de cuyo tiempo aparecen éstos con el círculo característico sobre el pecho en las interesantísimas pinturas murales de aquella catedral cuya reproducción nos ofrece el Dr. Sánchez Real; bajo Pedro IV y Juan I.

Las referencias a los hebreos tarraconenses, tan escasas en los siglos anteriores al XIV, se hacen en éste más frecuentes, sobretudo en el reinado de Juan I, que concede a dicha aljama todos los privilegios y gracias de que gozaba la barcelonense.

Del último cuarto de dicho siglo recoge el profesor Sánchez Real muy interesantes datos: así la aportación judía con motivo de la escasez de trigo padecida por Tarragona el 1374, la actuación de médicos judíos como Perfet Cap, la denegación a la aljama tarraconense de poder administrar sus impuestos con independencia de los de la ciudad, el sobresalto de la población hebrea por los maleficios de un *morruí* (cuyo sentido no estaría demás explicar) y la expulsión perpetua de éste.

Aporta también breves referencias al "fosar dels jueus", a las relaciones de la aljama de Tarragona con otras de la provincia como las de Valls y Alforja, y se remata el esquema histórico aludiendo parcamente a los daños y robos sufridos por la judería en 1391, o quizá mejor 1392.

El breve y sabroso trabajo del Dr. Sánchez Real es enriquecido con un índice alfabético de más de 70 nombres judíos que aparecen en manuales notariales de la época, muy útil e interesante.

Podemos anotar en la nota 16, sin duda por yerro de imprenta se dice "*ccilian* Bte. Marie de Miraclo" en vez de *ecclesia*. En el índice se afirma que Abram Jaques (1368-1371) tenía dos esposas llamadas Dulcía y Juçef Jaques: ¿es la transcripción exacta?

Es de esperar que el docto profesor de Tarragona, en sus búsquedas denodadas por los archivos de aquella noble tierra ha de hallar todavía muchos más datos sobre su importante judería, completando así estos tan notables y tan acertadamente expuestos en este trabajo por el que felicitamos cordialmente a nuestro buen amigo el Dr. Sánchez Real.

F. CANTERA.

JOSÉ SÁNCHEZ REAL. *El Brazo de Santa Tecla*. [Presentación de Juan Serra y Vilaró] Tarragona [Llibrería Guardias] 1951. 1 vol. 8.º may. 155 págs. + 2 hojas + 1 lámina frontispicio. Edición de 200 ejemplares numerados.

El autor había ya publicado en 1948, al editar por encargo de la Agrupació de Bibliòfils de Tarragona la antigua relación de la *Translació del Braç de Santa*

*Tecla*, un estudio crítico (págs. 55-79) acerca de todas las cuestiones históricas que el texto planteaba. La presente monografía vuelve sobre el mismo tema utilizando nuevos materiales y ensanchando cronológicamente su perspectiva.

Acerca de la gestión y traslado del brazo de Santa Tecla poseemos varios documentos coetáneos: un breve y sustancioso corpus epistolario, una relación de cuentas presentadas por el enviado Simó Salzet, una *Passio Theclae* y una *Relació* conservada en dos epitomes.

SÁNCHEZ REAL reproduce en su monografía todos estos documentos excepto la *Passio Theclae*. La *Relació* nos es conocida por el epitome incluido en el *Flos Sanctorum* de A. V. DOMÉNECH (Barcelona 1602<sup>1</sup>, Gerona 1630<sup>2</sup>) y la copia abreviada que obtuvo ante notario el P. J. VILAR en 1676 (Mss. 212 de la Biblioteca Universitaria de Barcelona) que el mismo Padre imprimió unos años más tarde (Barcelona 1698<sup>1</sup>, Tarragona 1746<sup>2</sup>). Nuestro autor no ha cotejado al parecer el manuscrito citado, ni tampoco la edición príncipe que hallamos registrada en M. AGUILÓ, *Catálogo de Obras en Lengua Catalana*. Madrid 1927, pero probablemente el cotejo no añadiría nada a los textos reproducidos. Lo que importa es la conclusión cierta, apoyada en varias razones de peso, de que el texto en cuestión resumido por los dos autores citados no puede remontarse más allá de finales del siglo XIV o principios del siglo XV.

SÁNCHEZ REAL ha podido utilizar además para su trabajo la *Historia de la vida de la Protomártir Sancta Tecla*, compuesta por el Canónigo J. VALLS alrededor del año 1661 que se consideraba perdida y nuestro autor ha tenido la rara fortuna de descubrir en el Archivo Histórico Nacional, de Madrid. VALLS es posible que pudiera todavía examinar el manuscrito original que resumieron independientemente DOMÉNECH y VILAR. Es lo cierto que aunando diestramente y con mano muy segura todos estos cabos sueltos, el autor logra una reconstrucción aproximada de lo que sería el relato primitivo de la traslación del brazo de Santa Tecla.

La relación de cuentas presentada en 1320 por Simó Salzet la reproduce SÁNCHEZ REAL del *Archiepiscopologio* de J. BLANCH (1655). Es un documento de enorme interés porque permite rehacer, aunque a grandes rasgos, el itinerario de los enviados a Armenia. La reconstrucción de las etapas de este viaje la hace nuestro autor brillantemente. Sin embargo, cabría a nuestro entender intentar algo más. No se nos oculta la dificultad que ello ofrece, pero creemos que, cuando menos, el planteo de algunas cuestiones en términos claros puede ir despejando las muchas incógnitas que todavía rodean la historia de la preciada reliquia. Observa ciertamente SÁNCHEZ REAL que no guardan proporción las etapas del viaje de Salzet con el tiempo empleado en ellas, y lo explica por las enfermedades que aquejan sucesivamente a algunos miembros de la expedición y, también, por la época del año en que realizan el viaje, la menos favorable para la navegación. Pero si este extremo queda del todo explicado, no cabe afirmar lo mismo de la última etapa. Salzet desde Famagusta pasa directamente a Alajas (Aláiyé) *per anar al Rei d'Armenia, qui era a Terra Nova*. Y de este mismo puerto zarpará la nave con el preciado brazo, después de haber estado diez días con el rey los enviados de Jaime II. ¿Por qué razón los viajeros se dirigen al puerto citado, en la costa abrupta de Pamfilia, desde el cual ninguna vía de acceso importante hacia el interior justifica el arribo? ¿Por qué no hacen escala en Korikos (Korgoz) que, además de ser en aquella época el segundo puerto de la Pequeña Armenia, era el acceso natural hacia las ciudades del interior y se hallaba a muy poca distancia

de Seleucia (Silifke), lógico objetivo del viaje si, precisamente cerca de aquella ciudad, en Meriamlik, durante siglos se había venerado a la Santa? ¿O bien, por qué no hacen rumbo inicialmente hacia Ayas (Youmourtalik), mucho más próximo, que, además de ser en aquella época el puerto más importante, era el que se utilizaba para dirigirse a Sis, la capital del minúsculo reino? Estas preguntas acaso no tengan nunca una satisfactoria respuesta. Desde luego la identificación geográfica de esta Terra Nova que cita Salzet es probable que vertiera alguna luz en estas tinieblas. En el *explicit* de la *Passio* citada, que analizamos en otro trabajo, se habla de una *Villa Nova*. La revuelta toponimia del Asia anterior hace muy difícil la tarea de identificar estos nombres, pero creemos que valdría la pena de intentar algo. Ya el P. STILTING en los *Acta Sanctorum* (1757) observaba que no tenía porque suponerse que la reliquia de Santa Tecla la llevaron de su país los armenios. De hecho, lo que se desprende de los textos es que la hallaron en Cilicia, cuando se instalan en ella en sucesivas oleadas a partir de 1073. ¿Dónde hallaron la reliquia? La reserva de nuestros textos y hasta su deliberada ambigüedad cronológica y local son realmente un difícil escollo para el investigador.

El corpus epistolario que conocíamos, SÁNCHEZ REAL lo enriquece con nuevas aportaciones que aclaran el pintoresco incidente de la reclamación de haberes formulada por Salzet (documento VIII, reproducido del *Archiepiscopologio* de BLANCH, ya citado; y documento XI, transcrito íntegramente por primera vez) es lástima que el autor, como él mismo lealmente declara, no pudiera utilizar el trabajo del P. GARCÍA VILLADA (*Estudios Eclesiásticos*, Madrid 1922). En primer lugar, porque le cabe el honor de haber exhumado por primera vez algunos de estos documentos que historiadores posteriores han ido reproduciendo y utilizando, y en segundo lugar porque muchas lecturas paleográficas adoptadas por el docto jesuita podía haberlas introducido SÁNCHEZ REAL con singular provecho en sus textos, salvando numerosos pasajes que resultan ahora o difíciles o ininteligibles.

Hemos dicho al principio que en esta monografía además de utilizarse nuevos materiales, la perspectiva histórica queda notablemente ensanchada. Después de haber establecido de un modo cierto y definitivo la fecha exacta de la traslación que en la *Relació* de que hicimos mérito se consignaba erróneamente, como ya observó el P. STILTING, SÁNCHEZ REAL sigue puntualmente las vicisitudes relacionadas con el santo brazo hasta nuestros días. La parte relativa a la pérdida de la reliquia en los azarosos años de la guerra de la Independencia: de su temporal sustitución por otra procedente del convento de Santa Eulalia, de los PP. Capuchinos de Sarriá, en Barcelona (señalemos de paso el mss. 842 de la Biblioteca Universitaria de Barcelona, no citado por S. R. y que probablemente coincide en todas sus partes con el documento XII); y de su feliz recuperación resulta un verdadero acierto, por la sobriedad del relato y la rigurosa documentación de todas sus partes.

No creemos, en cambio, que fuera indispensable tratar de la oscura y ardua cuestión de los orígenes del culto de Santa Tecla en Tarragona. Es sin embargo útil hallar de nuevo reunidas en breves y jugosas páginas las afirmaciones que vienen haciéndose, aunque sólo sea para darnos cuenta mejor de lo poco o nada que sabemos acerca de ésto. Lo único que positivamente podemos afirmar es que durante el primer milenio no hallamos una sola alusión a Santa Tecla, ni en los monumentos de la ciudad, ni en los documentos conservados. El silencio del *Oracional Visigótico*, como ya señala SÁNCHEZ REAL, resulta muy significativo. La hipótesis de I. GOMÁ, según la cual serían unos bizantinos refugiados en Tarragona

los que introdujeron el culto en el siglo VI, espera una confirmación y tiene un punto de apoyo muy débil. Por lo que respecta a la pintoresca historia del falso *Cronicón de Luitprando*, creemos que SÁNCHEZ REAL, o debía silenciarla por respeto a la verdad histórica, o debía estigmatizar nuevamente a su autor el P. JERÓNIMO ROMÁN DE LA HIGUERA (1538-1611) que derrochó su erudición de un modo tan lamentable y que, después de los años transcurridos, todavía alcanza el inmerecido honor de ver citado su engendro como una obra histórica respetable y auténtica.

Al cerrar nuestra reseña, congratulándonos de que la historiografía tarraconesa se haya enriquecido con un estudio tan notable y de tan excelente utilidad, se nos permitirá que hagamos votos para que muy pronto, con las colaboraciones que sean necesarias, se aborde la edición de la larga serie de archiepiscopologios mss. que yacen en los archivos y sin duda han de constituir la base para la edición definitiva del *Archiepiscopologio* que Tarragona, por su pasado y por su presente, merece tener.

SANTIAGO OLIVES CANALS.